

## EL HUÉSPED DEL SEVILLANO

Zarzuela en dos actos en prosa y verso.  
Música de Jacinto Guerrero.  
Letra de Juan Ignacio Luca de Tena y Enrique Reoyo.  
Se estrenó en el Teatro Apolo de Madrid el 3 de diciembre de 1926.

El título alude a Miguel de Cervantes, al que los autores del libreto sitúan hospedado en un mesón de Toledo donde es testigo de una trama de “traiciones y encrucijadas, raptos, celos, cuchilladas, misterio, amor, aventura” con final feliz. En el mesón sirve una moza a la que el escritor hace protagonista de su relato *La ilustre fregona*, publicado en 1613 dentro de la serie novelas ejemplares.

### ARGUMENTO

Juan Luis, pintor y cortesano de Felipe III, recibe el encargo de pintar una Inmaculada para el Real Oratorio. Habiendo oído hablar de la belleza excepcional de una fregona que trabaja en un mesón de Toledo, viaja a esta ciudad. Allí conoce a la tal fregona, de nombre Constancia, pero también a Raquel, hija del espadero maese Andrés Munestein, joven aún más bella por tener rasgos agarenos. El problema es que Juan Luis no es el único en fijarse en ella: antes que él ya la pretendía el conde don Diego, quien irritado por los continuos rechazos de Raquel, decide hacerla suya por la fuerza. Arropado por un grupo de secuaces, la secuestra y lleva al mesón del Sevillano, primera etapa en su propósito de sacarla de la ciudad.

Rodrigo, criado de Juan Luis, corteja a Constancia, que le informa de los planes del conde. Siguiendo órdenes de su amo, Rodrigo se aloja en el mesón, coincidiendo su llegada con la de un fraile que se dirige a su convento con un cargamento de hábitos. Disfrazado de fraile con un hábito robado, Rodrigo acecha los movimientos del conde y sus hombres. No tarda en ser descubierto, pero gracias a su astucia salva el pellejo y apalea a sus enemigos. La llegada de la justicia, avisada por Juan Luis, pone a cada cual en su sitio. Raquel, agradecida a su liberador, cae rendida en sus brazos.

### ACTO PRIMERO

La escena está dividida. La de la derecha del actor es una plazuela de Toledo. En su centro, una fuente. En primer término derecha, un palacio. Por detrás de este palacio arranca una calle, y del fondo de la plazuela, otra. En primer término izquierda, la fachada de una casa modesta, cuyo portón comunica con la otra escena. La escena de la izquierda representa el taller de un espadero. En primer término derecha, la puerta de entrada que comunica las dos escenas. En primer término izquierda, puerta que comunica con habitaciones interiores, y al foro, la fragua. En el centro, una mesa. Es de día. En la segunda mitad del acto comienza a anochecer.

Al levantarse el telón están en la primera escena —la calle— unas cuantas muchachas llenando su cantarillo en la fuente. En el taller, maese Andrés Munestein, el espadero, temple espadas con tres oficiales, y Juan Luis, el Capitán y el Corregidor están sentados ante, la mesa.

### En la fuente cristalina

Mozas:            En la fuente cristalina  
                     duerme el amor a esta hora.  
                     Mocita que va a la fuente  
                     se enamora,  
                     se enamora.

Espaderos:      Forja la espada, espadero  
                     y no des paz a la mano,  
                     porque la forjas de acero  
                     toledano.  
                     Forja, forja, espadero,  
                     tu fino acero, sin descansar.  
                     Temple la hoja afilada  
                     de fina espada,  
                     daga y puñal.

Ginesa:           Igual que mi cantarillo  
                     con el agua se colmó,  
                     con sus decires, ¡ay, madre!,  
                     se llenó mi corazón.

Espaderos:      Forja, forja, espadero,  
                     tu fino acero sin descansar.  
                     Temple la hoja afilada  
                     de fina espada,  
                     daga y puñal.

Mozas:            Igual que mi cantarillo, etc.  
                     En la fuente cristalina...

### Hablado

Oficial 1º:        Hasta mañana, maestro.

*Los oficiales pasan a la otra escena, y hacen mutis, con las mozas, por la calle del fondo.*

Corregidor:      A lo que parece, por hoy se da de mano a la labor.

Maese:           Así es como lo decís, aunque mejor fuera no acabarla tan pronto,  
                     señor Corregidor, que apenas puedo atender a los encargos.

Corregidor:      Por algo vuestra espadería, maese Andrés Munestein, es la más  
                     famosa de Toledo.

- Maese: Gracias a vuestras mercedes, que vienen a honrarla.
- Juan Luis: Días pasados oí de los labios mismos del Rey un cumplido elogio de vuestros aceros.
- Corregidor: ¿Dónde hubisteis la dicha de hablarle?
- Juan Luis: En su propio alcázar, que me llamó para darme encargo de una pintura.
- Corregidor: ¿Tan alta llegó la fama de vuestros pinceles?
- Juan Luis: Podeisme creer que el tal cuadro es mi constante obsesión. Puede ser mi gloria o mi fracaso. ¡Sueño con el tal lienzo!
- Capitán: ¿Y ha de ser un paisaje o rincón toledano?
- Juan Luis: No; sino una Virgen Inmaculada para el Real Oratorio.
- Maese: ¡Obra de empeño!
- Juan Luis: De tanto, maese, que aún no me atreví a comenzarla.
- Corregidor: ¿Y a qué aguardáis?
- Juan Luis: A dar con una mujer, dama o villana, cuyo rostro refleje la pureza que ha de dar forma a lo que yo imagino.
- Corregidor: Aquí habéis de encontrarla, que Toledo fue siempre solar de mujeres hermosas.
- Juan Luis: Cierto, que yo a la ciudad vengo atraído por la fama de cierta moza de humildísimo estado, pero cuya belleza es tal, que hasta la Corte llegó en habladurías la reputación de su hermosura. Constancia se llama, y en el mesón del Sevillano sirve.
- Capitán: Así es lo cierto, como lo es también que de su beldad y discreción quedan prendados cuantos la conocen.
- Maese: Hasta don Periquito, vuestro hijo, señor Corregidor, por ella, a lo que dicen, bebe los vientos.
- Corregidor: ¡Locuras de la gente moza!
- Maese: Con vuestra licencia, voy a traerlos los encargos.
- (*Mutis por la izquierda*)
- Corregidor: Pues ahora os digo, señor artista, que no necesitáis el mesón del Sevillano, ni aun siquiera moveros de aquí, para conocer a una de las más grandes beldades de que se ufana Toledo.

- Juan Luis: ¿Qué decís?
- Capitán: El señor Corregidor se refiere a Raquel, la hermosura conocida por la moza del Cigarral, la hija de maese Andrés, el dueño de esta espadería.
- Juan Luis: ¿Tan bella es?
- Corregidor: En su rostro hechicero hallan venturosa hermandad las gracias de la virgen cristiana y los rasgos característicos de la raza hebrea. Nació en un cigarral cercano. Su padre, maese Andrés Munestein, es judío converso. Su madre, difunta no ha mucho, tan cristiana era como vos mismo.
- Juan Luis: Decid, entonces, que ni hecho de encargo hallaría modelo mejor.
- (Por la izquierda vuelve a salir maese Andrés con una espada en la mano)*
- Maese: Aquí tenéis vuestra tizona pulida y remozada. Haced cuenta de que la estrenáis.
- Juan Luis: No; en verdad que si fuera nueva no amaría tanto su noble hoja, que mi abuelo esgrimiera en San Quintín, y en manos de mi padre triunfó en Lepanto.
- Capitán: ¡Bravo hierro!
- Maese: Fijaos cómo brilla su fino acero.
- Capitán: Como un rayo de luna.
- Juan Luis: Así la quiero.

### Fiel espada triunfadora

- Juan Luis: Fiel espada triunfadora,  
que ahora brillas en mi mano  
y otros hombres y otras lides  
ya tu gloria conoció;  
ya venero la nobleza  
de tu acero toledano,  
que del Tajo entre las aguas  
recientemente se templó.  
¡Se templó!
- ¡Brilla, tizona de fino acero,  
igual que un claro rayo de luna!  
¡Brilla, tizona, que a tu luz quiero  
hallar la senda de mi fortuna!

Sé en las lides como rayo  
que no cede ni perdona,  
hiere siempre que te asistan  
el derecho y la razón.  
¡La razón!

Los otros: ¡Brilla, tizona de fino acero,  
igual que un claro rayo de luna!

Juan Luis: ¡Brilla, tizona, que a tu luz quiero  
hallar la senda de mi fortuna!

### Hablado

Capitán: Bien se ve que vuestra mano, aunque maneja el pincel, sirve para la guerra.

Corregidor: Hasta mañana, maese.

Maese: Dios os guarde, señor Corregidor.

Capitán: *(Al Corregidor)* Os acompaño.

Juan Luis: Yo también he de irme. Aún ignoro si mi criado nos encontró alojamiento. *(Saca una bolsa y se la entrega a maese Andrés)*

Maese: Gracias, señor. Siempre a vuestras órdenes.

*Juan Luis, el Capitán y el Corregidor salen de la espadería, pasando a la otra escena. Maese hace mutis por la izquierda.*

Corregidor: *(A Juan Luis)* ¡Qué triunfo si lográis que Raquel os sirva de modelo!

*Juan Luis, el Capitán y el Corregidor hacen mutis por la calle de la derecha. Por la del fondo sale Rodrigo, rodeado de Ginesa, Dorotea y otras doncellas del bajo pueblo toledano, una de ellas muy fea, y cargado con los cantarillos de estas muchachas.*

Ginesa: *(Quitándole un cantarillo y poniéndolo en la fuente)* Traed ya. Y gracias sean dadas a vuestra galantería.

Moza 1ª: Traed. *(Le quita otro cántaro)*

Moza 2ª: Dadme. *(Idem. Todas hacen igual)*

Dorotea: Y gracias por el trabajo que os tomasteis.

Rodrigo: Si a esto llamáis trabajo, ¿qué fueran los que pasé por esos mundos?

Ginesa: ¡Válame Dios! Mucho habéis rodado.

- Rodrigo: Mucho es poco, Ginesa hermana. Si yo os refiriese el porqué de mi estancia en esta imperial Toledo, pienso que lo tomarais por invención de amoroso romance.
- Ginesa: ¿Amores hay de por medio? Contad, contad, por vuestra vida, mientras se llenan los cantarillos.
- Todas: *(Rodeándole con algazara)* Sí, sí; contadlo.
- Rodrigo: ¡Hijas de mi alma, y cómo les pica la curiosidad! Primero hais de saber que este que os habla debe gran parte de sus desdichas a su valor desaforado.
- Ginesa: Bien está el valor en los hombres.
- Rodrigo: En mí es herencia y obligación. Imaginaos: Rodrigo de nombre, Díaz de apellido y nacido en Vivar, al pie de Burgos.
- Todas: ¡El Cid!
- Rodrigo: Tocayo, nada más que tocayo y paisano. Pues mi valor y mala ventura hiciéronme caer en manos de un pirata tunecino, que me vendió como esclavo a otro fiero musulmán residente en Argel.
- Ginesa: ¡Ay, el pobre!
- Rodrigo: Aquel hijo del Profeta que me tocó por amo dio en la flor de emplearme en los más bajos menesteres, hasta que la hermosa Fátima viome una tarde en que yo, gallardamente, zurcía una calceta. Me propuso la fuga, y como, para lograrla, me dejara franca la puerta y una bien repleta bolsa, pronto salí de aquella tierra maldita.
- Ginesa: ¿Y abandonasteis a la inocente Fátima?
- Dorotea: ¡Pobre doncella!
- Rodrigo: ¿De doncellez habláis? Así era doncella como yo moro.
- Dorotea: Ya comprendo que sería una de las varias esposas de vuestro amo.
- Rodrigo: No era sino una de sus quince madres políticas, que también dicen suegras. *(Todas ríen)* Pero atended, que ahora llega mi mayor desventura. Embarqué en una desvencijada galera que venía a España, y apenas perdimos de vista la costa africana, estalló en el mar horrible tormenta, que nos puso a punto de naufragio. Olas como montañas nos sacudían sin cesar. El capitán, aterrado, estudiaba inútilmente las cartas náuticas. De pronto, una racha de viento rompió el palo mayor. Cuando el capitán vio que le fallaba el palo, tiró las cartas. Al fin, creyéndome en trance de muerte, hice, por salvarme, la promesa de la más rara penitencia que vieron los siglos.

Todas: ¿Cuál? ¿Cuál fue ella?

Ginesa: ¿No comer a manteles jamás y solo pan duro?

Rodrigo: Mucho más duro.

Dorotea: ¿Ir a pie y descalzo hasta los Santos Lugares?

Rodrigo: Peor.

Ginesa: ¿Profesar de cartujo?

Rodrigo: Nada de eso. Prometí a San Pedro, patrón de Burgos, si me sacaba de aquel trance, casarme con la mujer más fea que encontrase este año.

Ginesa: ¿Así prometisteis?

Rodrigo: Así mismo. *(Las mozas se apartan un poco de él y forman dos grupos)* Ahora sirvo a las órdenes de un gran pintor, honrado y noble caballero, que goza de gran predicamento en la Corte. De él dependerá el tiempo que aún permanezca en Toledo. Heme aquí entretanto, que, amén de mis prendas personales, cuento con unos cien escudos en oro que me restan de la bolsa de Fatimica, buscando por el mundo una fea entre las más feas para llevarla al tálamo, en cumplimiento de mi promesa.

Ginesa: *(A Dorotea)* ¡Marido y con cien escudos!

Dorotea: ¿Has visto?

Otra: ¡Qué cosa!

Otra: Loco está. *(Llega Juan Luis por la calle de la derecha)*

Rodrigo: ¡Ah, mi señor!

Juan Luis: Al fin os encuentro, señor perdido. Pensé si se habría tragado la tierra a mi escudero.

Rodrigo: Venía a buscaros a la espadería, según me mandasteis, sino que me entretuve un momento, y...

Juan Luis: *(Mirando a las mozas)* He de perdonarte la negligencia, en gracia a la causa de ella, que motivo y aun motivos hay de cierto para no moverse de este lugar.

Rodrigo: ¿Verdad, señor, que son hermosas las toledanas?

Dorotea: *(Indignada)* Eso no lo diréis por mí, ¡que siempre pequé de desgarbada! *(Mutis por la derecha)*

- Moza 1ª: Ni por mí, que siempre fui ojiturbia. *(Mutis)*
- Moza 2ª: Y yo, patituerta. *(Mutis)*
- Ginesa: *(Llorando)* La más desgraciada soy yo, que mi fealdad no está a la vista, sino oculta como caracol en su concha. *(Mutis)*
- Moza 3ª: Igual me pasa a mí. Y la fealdad, como la hermosura, es mayor cuanto más escondida. *(Mutis)*
- Moza 4ª: *(Agresiva)* ¿Qué pudisteis hallar en mi persona, decid, para motejarme de hermosa?
- Rodrigo: *(Azorado)* Nada, nada. *(Mutis de la moza cuarta)*
- Moza 5ª: ¿En qué vos ofendí para que así os burlarais? Fea soy y fea moriré, porque así plugo al cielo. *(Mutis)*
- Fea: *(Acercándose por detrás y sonriéndole con coquetería)* ¡Je!
- Rodrigo: ¿Qué?
- Fea: *(Insistiendo)* ¡Je!
- Rodrigo: ¿Qué?
- Fea: ¿Seré yo la agraciada?
- Rodrigo: ¿Agraciada? ¡Y es más fea que pegarle a su padre! *(Mutis de la fea)*
- Juan Luis: ¿Qué es esto, Rodrigo? Jamás alcancé a ver; cosa parecida.
- Rodrigo: Señor, que les he gustado. ¿Qué he de hacerle yo? Y como han sabido mi promesa a San Pedro... ¿Y vos, señor, conocisteis ya a esa tan hermosa fregona del mesón del Sevillano que pretendíais por modelo?
- Juan Luis: De conocerla vengo; pero me hablaron de otra beldad, ensalzándola tanto, que no vivo hasta dar a mis ojos el regalo de su hermosura.
- Rodrigo: ¿Dónde vive? Perdonad. Quise preguntar si está aquí en Toledo.
- Juan Luis: En Toledo y en esa casa. Es la hija del espadero.
- Rodrigo: Pues de la casa sale una dama.
- Juan Luis: ¿Será ella, Dios santo?
- A la escena de la izquierda —la espadería— ha salido, en efecto, Raquel. Rodrigo y Juan Luis se ocultan.*

Quando el grave sonar de la campana



Raquel: Cuando el grave sonar de la campana  
a los fieles invita a la oración  
gentilmente la moza toledana  
va a la iglesia con toda devoción.  
Bajo el manto, velada y misteriosa,  
es más puro su encanto virginal,  
y un galán, al cruzar presurosa,  
le ofrenda la rosa  
de su madrigal.  
Castellana, toledana,  
por besar tus labios grana  
perdiera vida y honor. *(bis)*  
Toledana, castellana,  
flor de amor.  
Toledana, flor de amor.

*Maese Andrés sale a la espadería del interior y despide a su hija con un beso en la frente, acompañándola hasta la puerta. Ella sale a la plazuela. Inicia el mutis por la calle de la derecha, pero la detiene la voz de Juan Luis, que, oculto a la vista del público, canta desde la calleja del foro.*

Juan Luis: Castellana, toledana,  
por besar tus labios grana  
perdiera vida y honor.

Raquel: Perdiera vida y honor.  
Toledana, castellana...

Juan Luis: Flor de amor...

Raquel: Toledana, flor de amor.

*Raquel hace mutis por la calle de la derecha.*

### Hablado

Rodrigo: *(Saliendo a la plazuela con Juan Luis)* Ya la conocéis.

Juan Luis: He aquí realizado mi sueño. No me engañaron, en verdad.

*Entra en la espadería.*

Rodrigo: Le ha vuelto los cascos la zagala. En verdad que las toledanas son dulces y sabrosísimas.

*Entra en la espadería.*

Maese: ¿Sois vos, señor artista?

Juan Luis: Dios os guarde, maese. Decidme y perdonad. ¿Es vuestra hija la dama que salía hace un instante?

Maese: Raquel era, en efecto.

Juan Luis: Pues al verla, maese Andrés, he visto el modelo que buscaba para mi cuadro.

Maese: ¿Qué decís? Mi Raquel para...

Rodrigo: ¡Como tiene el perfil hebreo! *(Tapándose la boca)* Tente, lengua.

Maese: ¡Infamias de los desocupados! Ella, como yo, es cristiana ferviente.

Juan Luis: Y yo, pintor, no corchete del Santo Oficio ni cuadrillero de la Santa Hermandad. No hayáis temor por mí de vuestros secretos, si los tenéis. *(Se oye rumor de lucha y ruido de espadas)* ¿Oís?

*Juan Luis, Maese y Rodrigo salen a la otra escena.*

Maese: ¿Qué es esto, espadas?

Rodrigo: ¡La batalla de Lepanto! *(Huye por la calle del fondo)*

Raquel: *(Dentro)* ¡Favor! ¡Socorro!

Juan Luis: ¡Una mujer!

Maese: ¡Es la voz de mi hija!

*Precipitadamente, por la calle de la derecha llega Raquel, muy asustada, que se acoge en los brazos de su padre. Inmediatamente aparece don Diego, de espaldas, y luchando contra tres hombres, que le atacan espada en mano.*

Raquel: ¡Padre!

Maese: ¡Mi Raquel querida!

Juan Luis: Tres espadas, ¡vive Dios!,  
contra una. ¡Seremos dos!  
¡Ya es más igual la partida!  
*(Se pone junto a don Diego y ataca a los otros, que inician la retirada, desapareciendo los cinco por la derecha)*  
¡Atrás!

Don Diego: *(Luchando, dentro)* Gracias, caballero.

Juan Luis: Podéis descansar la mano,  
si vos place, porque quiero  
darle bautismo a mi acero  
con la sangre de un villano. *(Continúan luchando dentro)* ¡Ah, traidor!

*Salen don Diego y Juan Luis, este último levemente herido en una mano.*

Raquel: ¿Os ha alcanzado?

Juan Luis: Nada apenas.

Raquel: ¡Le han herido!

Juan Luis: Si leve la deuda ha sido,  
con usura la he cobrado.

*Entran en la tienda.*

Don Diego: Aún escapamos mejor  
que sospechaba.

Juan Luis: En peores trances  
me he visto y salí.

Don Diego: Si no acudís a la postre  
tan libre y suelto de manos,  
mal me fuera.

Maese: Los traidores  
sin duda ofender quisieron  
a mi Raquel, y fue entonces  
cuando vos la defendisteis.

Don Diego: Ciertamente.

Maese: Señor conde,  
no acierto cómo pagaros.

Raquel: *(Con reproche)* ¡Padre!

Don Diego: *(Saludando a Juan Luis)* Quedo a vuestras órdenes.

Juan Luis: Y yo a las vuestras, señor.

Don Diego: A fe que sois todo un hombre.  
*(Sale a la calle)*  
¡Pardiez, que es bella la moza!  
Por esta vez falló el golpe;  
mas he de lograr mi intento  
antes que llegue la noche.

*Mientras don Diego dice estas palabras, maese, en la otra escena, hace mutis por la izquierda. Don Diego entra en el palacio del primer término derecha.*

Raquel: Caballero, permitidme  
vuestra herida restañar,  
ya que, sin quererlo, he sido  
la causa de tanto mal.  
*(Se sienta cerca de él y le cura.)*  
¿Os hace sufrir?

Juan Luis: ¿Quién puede

en sufrimientos pensar  
a vuestro lado? Tan solo  
sufro un temor.

Raquel: ¿Y es el tal?

Juan Luis: Que los labios de la herida  
que vais piadosa a curar  
os besen las blancas manos.

Raquel: *(Aparte)* A más de bravo, es galán.  
*(Alto)* Si vos no acudís, don Diego  
lo hubiese pasado mal.  
¡Y fuera bien merecido!

Juan Luis: ¿Por defenderos?

Raquel: No más  
que en apariencia. El malvado  
puso en mí su torpe afán  
hace tiempo, y esta tarde,  
cerca de la catedral,  
en un callejón sombrío,  
vino a mí; quise escapar  
y me alcanzó; lancé un grito,  
y viniéndome a amparar  
tres hombres, luchó con ellos...,  
y vos sabéis lo demás.

Juan Luis: ¡Yo que, torpe, mi tizona  
puse al lado del rufián,  
creyendo que os defendía!

Raquel: Vuestro mérito es igual.

Juan Luis: Pero de mi error, entonces,  
vos me debisteis sacar.

Raquel: No lo hice porque mi padre  
al conde debe amistad,  
y el dolor del desengaño  
así le quise evitar.

Juan Luis: ¡Oh, Raquel!...

Raquel: ¿Sabéis mi nombre?

Juan Luis: ¿Y quién lo puede ignorar,  
si fama a Toledo entero  
vuestra hermosura le da?

Raquel: Sois galante.

Juan Luis:       ¡Si lograran  
tal hermosura copiar  
mis pinceles!

Raquel:           ¿Sois pintor?

Juan Luis:       Pintor que a rogaros va  
que, para llevarla a un lienzo,  
le prestéis vuestra beldad.

### Insolente, presumido

Juan Luis:       Insolente, presumido,  
fanfarrón y pendenciero,  
procediendo cual villano,  
vos corteja un caballero  
que tan solo la ropilla  
y el nombre tiene de tal.  
Si él os pide vuestra honra,  
yo amor brindaros prefiero;  
él es la fuerza insolente  
y yo soy el madrigal.

Raquel:           Insolente y presumido,  
me corteja un caballero;  
de sus acechanzas ruines  
defendiome vuestro acero.  
Y por eso, agradecida  
yo siempre a vos viviré.  
Mas el amor no se logra  
jamás con un gesto fiero;  
precisa llegar al alma.

Juan Luis:       ¡Yo a la vuestra llegaré!  
*(Muy cerca de ella, susurrando sus palabras al oído de Raquel)*  
Moza, la toledana,  
la flor galana  
del Cigarral,  
vuelve hacia mí tus ojos,  
y tus enojos  
se calmarán.  
Moza, la toledana,  
la más galana  
que pude ver,  
mira mi ardiente anhelo,  
dame el consuelo  
de tu querer.

Raquel:           Noble y galán caballero,  
que por mi honor ha reñido  
y defenderme ha sabido

con su acero;  
dejad que vivan las flores  
de los amores en el rosal  
donde vive dichosa  
la humilde rosa del Cigarral.

Juan Luis: Flor y mujer que presentí,  
arte y pasión viven en ti.

Raquel: No es vuestro amor  
para Raquel.

Juan Luis: Musa serás  
de mi pincel.  
Para el arte yo vivía  
y triunfar solo anhelaba.  
La mujer que presentía  
por mi senda no cruzaba.  
Si al mirar hoy vuestros ojos  
en su fuego me abrasé  
es que amor mi vida entera  
colmó como yo aguardaba.

Raquel: El amor vive en el alma.

Juan Luis: ¡Yo a la vuestra llegaré!

Los dos: Moza, la toledana, etc.

Juan Luis: Óyeme, toledana,  
rosa temprana  
de mi pasión.

Raquel: Debo, reconocida,  
darle mi vida.

Los dos: ¡Quiero tu amor!

*Juan Luis sale a la plazuela y hace mutis por la calle de la derecha.*

### Hablado

Rodrigo: *(Sale por la calle del fondo)* ¿Se habrán marchado? Sí; parece que se han marchado; estoy casi seguro. ¡Se han marchado, estoy seguro!  
¡No me cabe duda! ¡Huyeron los cobardes! ¡Ah, los bigardos,  
malsines y felones!! ¿Dónde estáis? ¡Aguardad, vive Dios, a que la  
tizona de Rodrigo...!

Juan Luis: ¡Rodrigo!

Rodrigo: *(Da un salto)* ¡Dios me valga!

Juan Luis: ¿Qué hacías, Rodrigo? ¿Dónde estabas?

Rodrigo: Siempre cerca de vos, amo y señor. Junto a vos, cuando la descomunal batalla; junto a vos, cuando huyeron los felones, ¡bigardos malsines!; junto a vos... Pero ¿qué veo? ¿Estáis herido?

Juan Luis: ¿No lo advertiste, y estabas tan cerca?

Rodrigo: Veréis... Es que yo también quise tomar mi parte en la contienda, pero no pude. Ya sabéis que esta tizona mía tiene la rara virtud de tomar decisiones por sí misma.

Juan Luis: ¡Hola!

Rodrigo: Hay ocasiones, como la de antes, en que mi mano la requiere sin lograr que acceda a salir de su vaina. Y es que no considera digno de su limpia historia mancharse con la sangre de los villanos. Pero aun sin espada hice correr antes a los tales.

Juan Luis: Y aún creo que tú también corrías.

Rodrigo: Sí, en verdad.

Juan Luis: Delante de ellos.

Rodrigo: Yo os digo que les hice correr.

Juan Luis: Y muy larga debió de ser la carrera, cuando tardaste tanto en regresar.

Rodrigo: ¡No sabéis! Desde que ha corrido la voz que he prometido a San Pedro el sacrificio de casarme con la mujer más fea que encuentre, no puedo andar por la calle. Todas las feas de la imperial Toledo caen sobre mí como moscas en la miel.

Juan Luis: Pero tú las espantarás. ¿O también a eso se resiste tu acero?

Rodrigo: ¡Ah!, ¿es que ponéis en duda mi valor? No quisiera sino que volvieran los bigardos que os hirieron. ¡Entonces podríais ver quién es Rodrigo! Y si mi tizona se resistía, con las manos, con los dientes, con las uñas...

*Se oye rumor de voces por la primera calle de la derecha.*

Juan Luis: ¿Qué rumor es ese?

Rodrigo: *(Dando un respingo)* ¡Cristo! ¿Serán ellos? *(Huye hacia el fondo de la calle, pero antes de hacer mutis vuelve aterrado)* ¡Las feas! ¡Dios me valga! ¡Las feas del barrio que me persiguen!

Juan Luis: *(Mirando hacia la calle de la derecha)* No son sino una caterva de lindos, que, como siempre, van en pos de la hermosa Constancia, la fregona del mesón del Sevillano.

Rodrigo: Esos vienen por donde vos miráis. Las feas son estas, que no me dejan tranquilo para mostrarme su fealdad. He logrado lo que nadie en el mundo: la coquetería al revés.

*Entra en la tienda, huyendo. Aparecen cuatro feas, que penetran corriendo tras él. Le rodean y le atosigan. Inmediatamente llega por la calle de la derecha Constancia, seguida de cuatro lindos. Juan Luis hace mutis por el fondo. Están, pues, en la escena de la izquierda (la tienda) Rodrigo y las feas, y en la de la derecha (la calle), Constancia y los lindos.*

### No me seas esquivo

Feas: No me seas esquivo  
porque no vivo.

Lindos: Quiéreme, Constancia,  
que yo te adoro.

Feas: Mira qué fea.

Lindos: Mira qué lindo soy.

Rodrigo: Para un hombre tan solo  
son muchas feas.

Constancia: ¡Qué caterva de lindos  
llevo a mi vera!

Feas: Mira qué horrible.

Lindos: Mira qué guapo soy.

Constancia: Bello doncel,  
por favor, por favor, por favor,  
no me atosigues más  
porque inútil será.

Rodrigo: Fea mujer,  
déjame, déjame, déjame,  
que al ver tu fealdad  
de pavor moriré.

Feas y lindos: ¡Quiéreme, por Dios!

Cons / Rodri: La mujer / Un doncel  
ya no puede salir  
jamás sin sentir  
de amor el asedio.



Feas y lindos: ¡Tú verás!

Cons / Rodri: ¡Ay, qué miedo me dan!

Feas y lindos: Que jamás hallarás  
un amor como el mío.  
Cásate, y dudar no podrás...

Lindos: Que soy muy galán.

Feas: Que soy vieja y fea.

Cons. y Rodri: ¡Idos ya!

Feas y lindos: ¡Ay, qué susto me dio!

Lindos: En ti estriba mi amor.

Feas: Fíjate, soy horrible.

Cons / Rodri: Bello doncel, / Fea mujer,  
por favor, por favor, por favor,  
no me atosigues más  
porque inútil será.  
Déjame ya,  
déjame, déjame, déjame,  
que al ver tu terquedad  
de pasión moriré.

Dos feas: La nariz tengo roma.

Otras dos: Las piernas, zambas.

Dos lindos: Fíjate en mi hermosura.

Otros dos: Y en mi elegancia.

Los primeros: Mira qué guapo.

Dos feas: Mira qué fea soy.

*Constancica huye hacia la casa, y Rodrigo sale a la calle. Se encuentran fuera sin que ella llegue a entrar.*

*(Recitado sobre la música)*

Rodrigo: ¡Vayan al diablo los esperpentos!

Constancica: Sola con ellos no quiero estar.

Rodrigo: Toma mi brazo por un momento  
y será el medio  
que del asedio nos libraré.

Constancia: *(Tomando el brazo de Rodrigo)* Lo evitaremos de esta manera.

*Cantado.*

Feas: Tiene una dama.

Lindos: Tiene un galán.

Feas: ¡Quién lo pensara!

Feas y lindos: Vámonos ya.

Rodrigo: *(Hablando)* Si es un infierno tenerlas junto, a vuestro lado la gloria está.

*Las feas, cantando a boca cerrada, invitan a los lindos a tomar su brazo. Ellos aceptan con resignación, y los ocho, emparejados, hacen mutis por el fondo de la calle.*

### Hablado

Constancia: Gracias os doy por haberme prestado vuestro brazo.

Rodrigo: De nada, señora. Con mi brazo podéis hacer hasta chocolate, si os place.

Constancia: Os lo devuelvo ya, soltad. El tomarlo fue solo un pretexto para alejar a esos enfadosos moscones.

Rodrigo: ¡Ah!, ¿fue solo...? Pues si os serví de espantapájaros, ¡buen oficio representé, por mi vida!

Constancia: Así fue mayor vuestra gentileza.

*Entra en la espadería.*

Rodrigo: ¿Mi gentileza? ¡Ya está! ¡Otra pieza cobrada! ¡Lástima que sea tan guapa! *(Al ir a entrar en la espadería, se cruza con Raquel, que sale)* Pasad, hermosa doncella.

Raquel: Que Dios os guarde. *(Vase por el fondo de la calle)*

Rodrigo: Va tan aprisa, que ni siquiera ha reparado en mí. *(Entra en la espadería)*

Constancia: ¡Dios os guarde, Maese!

Maese: Y Él a ti, hermosa Constancia, que más merece ser guardada tu beldad que no mi vejez.

Constancia: *(A Rodrigo)* Aprended a decir galanuras.

Rodrigo: No está mal para los años que tiene.

- Constancia: *(A Maese)* Un señor huésped de la posada mandome a recoger una daga que diz os dejó anteayer para arreglar la empuñadura.
- Maese: No sabe, en verdad, tu señor tío a quién aloja en su mesón.
- Constancia: Hombre de letras dicen, que es el tal hidalgo.
- Maese: Yo de mí sé deciros que le tengo por tan grande ingenio, que jamás de tal manera logró ningún otro entretener mis ocios con sus escritos.
- Constancia: Así ha de ser, como lo es también que no ha muchos días le oí decir que tiene escrito un libro, aún no conocido, en el que trata de las aventuras de un ingenioso hidalgo que, por ser bueno y noble en demasía, a todos parece loco. Y afirma que dará mucho que pensar y que reír a más de cuatro, cuando se conozca.
- Maese: Pues tomad la daga, doncella, y decidle a su dueño y mi señor que, aunque mucho le admira mi insignificancia, me atrevo a indicarle, sumiso y reverente, que hora es ya de que su grandeza se digne pagarme aquellos piquillos que, a más de este arreglo de ahora, me adeuda, con los cuarenta ducados que le presté el pasado año para Pascua florida, y que no hallo medio de recuperar...
- Constancia: Sí haré, Maese. *(Se dispone a marcharse)*
- Rodrigo: ¡Judío! ¡Completamente judío! Os acompaño, doncella. No haga el diablo que vuelvan a importunaros y necesitéis de mi brazo, aunque solo sea para espantaros los moscones.
- Constancia: Vamos. Dios os guarde, Maese.
- Maese: Id con Él. *(Salen a la calle Constancia y Rodrigo)*
- Constancia: ¿No sentís temor de que, al vernos juntos, nos hieran las lenguas maldicientes?
- Rodrigo: Yo no siento sino que seáis tan hermosa. ¡Ah, si fuerais fea! Si a lo menos tuvierais la nariz roma, los ojos turbios, las patas zambas o siquiera una tenue joroba.
- Constancia: Entonces no os gustaría.
- Rodrigo: Es verdad, no había caído... ¡Perdona, San Pedro!
- Hacen mutis los dos por la calle del fondo.  
Del palacio del primer término derecha sale don Diego. Empieza a anochecer.*

### Salid, mis fieles criados

- Don Diego: Salid, mis fieles criados;

lo que os dije recordad,  
y esta noche será mía  
la moza del Cigarral.  
*(Del palacio salen cuatro embozados)*  
Nadie en la plaza,  
sola la calle,  
estad atentos  
a mi señal.  
Nadie sospecha  
que la paloma  
hoy a su casa  
no volverá.

Embozados: Nadie en la plaza,  
sola la calle,  
nos es propicia  
la oscuridad.  
Nadie sospecha  
que la paloma  
hoy a su casa  
no volverá.

Don Diego: Ocultaos por ahora.  
Cuando llegue la paloma.  
Si resiste a mi pasión  
la cogéis entre los cuatro,  
y a la moza que idolatro  
la lleváis hasta el mesón.

Embozados: *(Ocultándose)* Nadie en la plaza,  
sola la calle,  
nos es propicia  
la oscuridad.

Don Diego: Ella no sabe,  
¡pobre paloma!,  
que hoy a su casa  
no volverá.

*Sale Raquel por la calle del fondo. Recitado sobre la música.*

Don Diego: Raquel, divina doncella.

Raquel: Dejadme pasar, señor.  
Es tarde y mi padre espera.

Don Diego: Más tiempo te esperé yo.

Raquel: Ya os dije que mi cariño  
no será vuestro jamás.

Don Diego: Pues, de tu grado o por fuerza,  
juro que mía serás.

*(Del palacio salen los cuatro embozados que la sujetan por detrás)*

Raquel: ¡Infame! ¡Socorro, padre!

Don Diego: ¡La boca, pronto!

*(Los embozados la amordazan y se la llevan. A la espadería sale maese Andrés, que, al oír los gritos, sale corriendo a la otra escena)*

Maese: ¡Es la voz de mi hija! ¡Mi hija, mi hija, que me roban a mi hija!  
¡Canallas! ¡Traidores! ¡No os saldréis con vuestro...! ¡Favor!  
¡Socorro! ¡Justicia, Señor, justicia!

*Un embozado, rezagado, lucha un momento con él, y, después de arrojarlo al suelo de un fuerte empujón, huye tras de los otros. Maese intenta levantarse. En ese momento aparece Juan Luis, que le ayuda a ponerse en pie.*

Juan Luis: ¿Qué os sucede?

Maese: Me han robado a mi Raquel.  
¡Hija mía! ¡Perro! ¡Canalla! ¡Malvado!

Juan Luis: ¿Quién es él?

Maese: Cuando salía,  
el rufián se la llevó.  
Ni a ella supe defender,  
ni a él le pude conocer.

Juan Luis: ¡Pero le conozco yo!  
¡Y aquí vos quiero jurar  
que a quitársela he de ir,  
y la sabré rescatar,  
aunque tenga que morir  
o aunque tenga que matar!

*Comienza a salir el coro. Cantado.*

### Castellano toledano

Juan Luis: Castellano, toledano,  
por librarla del villano  
perdiera vida y honor.

Coro: Perdiera vida y honor.

Juan Luis: Yo te juro, castellano,  
por mi honor  
que a salvarla va mi amor.

Coro: El artista cortesano  
por librarla del villano

perdiera vida y honor,  
perdiera vida y honor.  
¡Dios proteja al cortesano  
y a su amor!  
¡A luchar va por su honor!

Juan Luis: Perdiera vida y honor,  
perdiera vida y honor.  
Yo te juro, castellano,  
por mi honor,  
que a luchar voy por mi honor.

*Al terminar el acto es casi de noche.*

## ACTO SEGUNDO

### Cuadro primero

*Carretera cerca de Toledo. Al fondo, la vista de la ciudad en el siglo XVIII.*

Rodrigo: Como os iba diciendo, señor, la fregona del mesón del Sevillano hame asegurado que a su casa llevaron una mujer tapada, y, según como ella gemía, bien puede afirmarse que contra su voluntad encuéntrase allí.

Juan Luis: ¿Estás cierto? ¿Y no sospecha Constancica que la encerrada sea Raquel?

Rodrigo: Ni por pienso. Además, que la moza del mesón no conoce a la del Cigarral.

Juan Luis: Vuelve a la ciudad, Rodrigo. Entrate en el mesón del Sevillano y averigua por ti mismo lo que hay de cierto en cuanto me has dicho.  
*(Le da una bolsa)* Soborna al posadero, si hace falta, y si entiendes que no ha de dejarse, por estar vendido a don Diego, arréglatelas de modo para saber sin que de ti sospechen.

Rodrigo: ¿Y vos?

Juan Luis: Te sigo los pasos, y en la calleja, cerca de aquella ventanuca, esperaré a que salgas. Seguro estoy de que es mi Raquel la moza secuestrada en el mesón del Sevillano. Corre allá.

Rodrigo: Hasta luego, señor.

*Vase corriendo. Juan Luis queda un instante contemplando pensativo la ciudad y luego hace mutis lentamente por la derecha. Dentro, y lejana, se oye la voz ruda de un carretero que canta:*

### Para mula de varas

Carretero: Para mula de varas,

la Capuchina;  
para tirar con alma,  
la Peregrina;  
la Perla,  
a esa da gusto verla  
en el barro.  
Siempre la mejor mula  
me arranca el carro.

*Se oyen los chasquidos del látigo y los cascabeles de las colleras. Por la izquierda sale Fray Miguel, que cruza la escena montado en un burro, en el que lleva unos grandes serones. Muy lejos se oye el coro de campesinos, que, al volver del trabajo, se va acercando poco a poco y entran por la izquierda, dando muestras de alegría.*

Coro: Caminito de Toledo,  
para descansar,  
siente el mozo toledano  
la ilusión de amar.  
De Lagartera vienen ya  
sus mercancías a vender.  
Mozas tan guapas como allí  
en todo el mundo no se ven.

*Salen Teresa y varias lagarteranas, que traen cestillos, jarras, alcarrazas, etcétera.*

Teresa: Corred más,  
que antes que sea noche debemos llegar  
y volver temprano para descansar  
después de vendido lo que aquí traemos  
para las mocitas que quieran casar.

Lagarteranas: Para las mocitas que quieran casar.

Teresa: Toledana, traigo para ti  
unas galas con las que serás  
la mujer más feliz  
a quien puedan amar,  
toledana, traigo para ti.  
Lagarteranas somos,  
venimos todas de Lagartera.  
Lindos encajes traigo  
de Lagartera y de Talavera.

Lagarteranas: Lagarteranas somos,  
nacimos todas en Lagartera.  
Traemos mercancías  
de Lagartera y de Talavera.

Teresa: *(Canto popular)* "A bailar,  
que por las escaleras baja el padre Juan,  
pidiendo limosna a lo militar,  
y baja diciendo: ¡Agáchate, Pedro!

¡Agáchate, Pedro, y agáchate, Juan!”

Todos: ¡Agáchate, Pedro, y agáchate, Juan!

Lagarteranas: Ese es nuestro cantar popular,  
con que expresa su dicha al bailar  
la mocita gentil  
que en Toledo nació.  
Ese es nuestro cantar popular.

Todos: Lagarteranas somos...

### Cuadro segundo

Patio del mesón del Sevillano. Una galería alta con balaustrada circunda la escena. A esta galería dan las puertas de las habitaciones de los huéspedes, y se supone que comunica con el patio por una escalerilla. Al foro izquierda, el portón de entrada, muy amplio. Cuando está abierto se ve la escalera de piedra blanca, larga y recta, que comunica la entrada de la posada con la plaza de Zocodover. En la escena debe haber dos mesas pequeñas y toscas: una, en primer término derecha, y otra, hacia el segundo de la izquierda. Sillas y taburetes, y, en un rincón, un carro destartado, etc. Es de noche.

*Rodrigo, sentado ante una de las mesas, bebe. Le sirven Constancia y el Posadero.*

Rodrigo: Más vino, hermosa Constanza.  
Llena mi vaso hasta el borde,  
y el rigor de tus desdenes  
entre su espuma se ahogue.

Constancia: Más me holgara que os cariarais. *(Mutis por la escalera)*

Rodrigo: La moza no se alborote,  
que nadie la ofende.

Posadero: ¿Acaso vos pensáis,  
pese a mi nombre,  
que yo lo consentiría,  
seor escudero?

Rodrigo: Perdone, su merced,  
señor ventero.  
¿Es de cristal?

Posadero: Es de arropo.  
Por eso, tras sus dulzuras,  
vuelan siempre los moscones.  
*(Suenan golpes de llamada en el portón del foro)*  
Ya voy. ¿Quién llamará?

Rodrigo: Abrid y lo veréis.



*Por la puerta segunda derecha sale don Diego disfrazado de mozo de mulas y abre el portón, por donde entra Fray Miguel montado en el burro, sus grandes serones repletos de hábitos iguales al que trae puesto el clérigo. El portón queda abierto.*

Fray Miguel: Buenas noches.

Posadero: Alabado sea Dios.

Fray Miguel: ¿Tiene esta casa por nombre el mesón del Sevillano?

Posadero: Así la llaman.

Fray Miguel: Entonces decidme, seor mesonero, si, al menos por esta noche, hay pesebre para el asno y para mí un lecho donde descansar pueda unas horas hasta mañana.

Posadero: Desmonte su paternidad. De todo puedo darle.

Fray Miguel: Gracias.

Rodrigo: *(Por don Diego)* ¿Dónde diablos he visto esta cara?

Fray Miguel: *(A don Diego)* Cuidadme de los serones, que van llenos con los hábitos de los padres de la Orden. Con ellos a Talavera, apenas el sol asome, he de partir.

*Don Diego se va, llevando al burro del ronزال.*

Rodrigo: Por mi vida, que yo conozco a este hombre.

Posadero: Vos, padre, venid conmigo.

Rodrigo: Pues yo, tras del burro voime.

*El Posadero y Fray Miguel hacen mutis por la escalerilla. Y Rodrigo, por la segunda derecha. Por la primera izquierda sale la Posadera.*

Posadera: Por esta noche, más me holgara de tener el mesón vacío, ¡Torote! ¡Torote! ¿Dónde estará ese condenado? *(Vuelve a bajar el Posadero)*

Posadero: No alborotes, mujer.

Posadera: ¿Alojaste a un fraile?

Posadero: Poco estorbará. Y más da lugar a la sospecha el exceso de precaución que no la confianza.

Posadera: ¿Y el huésped de la sala?

Posadero: Aún ha de tardarse, que andará recorriendo las encrucijadas toledanas a la luz de la luna, buscando motivo para el romance que diz quiere escribir aquí, en Toledo.

*Constancica ha bajado por la escalera hace un momento.*

Posadera: ¿Esa mujer?

Constancica: No cesa de llorar, con tal pena, que hace llorar al que la oye.

Posadera: Tarde habrá de pesarnos el guardarla en casa.

Constancica: ¡Malventurada!

Posadero: A mí nada me va en ello. El conde don Diego pidiome al anocheecer, cuando desmayada la trajeron los suyos, que la guardase por unas horas, ya que esta misma noche había de sacarla de aquí.

Posadera: ¡Llévesela de una vez, y nos libre de sus endiablados misterios! ¿Por qué ha cambiado ahora su traje de caballero por calzón y ropilla de mozo de mulas?

Posadero: Allá él.

Posadera: Un mal hombre se me hace el tal don Diego.

Posadero: Mal hombre, pero buen pagador.  
*(El Posadero y la Posadera se frotan las manos con ilusión)*

Posadera: ¿Y quién será ella?

Posadero: Yo pienso que una noble dama disfrazada.

Constancica: No es sino una pobre doncella, a quien don Diego raptó, ya que de grado no lograba hacerla suya.

Posadero: Pues bueno será guardarte a ti también, no sea peques de compasiva y abras la jaula al pájaro.

Constancica: Ni por pienso. *(Sale don Diego por la segunda derecha)*

Don Diego: Hola.

- Posadero: A vuestras órdenes, señor conde.
- Don Diego: Para no dar lugar a sospechas, he dicho que vengan después músicos y cantores. Quiero que bailen las mozas.
- Constancia: *(Aparte)* ¡El rufián!
- Don Diego: Y que nadie imagine quién se esconde bajo este humilde traje.
- Posadero: No creáis que a mi mesón no vienen caballeros. Seríais uno más.
- Don Diego: También pueden venir corchetes y cuadrilleros de la Santa Hermandad.
- Por el portón llega el Huésped, y queda un momento escuchando.*
- Posadero: Ya sabéis, señor, que mi casa es vuestra. En ella sois obedecido en todo. Y para cumplir vuestro mandato de atender a quien sabéis, aquí está mi sobrina Constancia.
- Don Diego: ¿Vuestra sobrina es esta? Más parece hija de comendador que sobrina de mesonero.
- Huésped: Más parece. *(Todos se vuelven un poco suspensos hacia él. Pausa. El Huésped avanza hasta el grupo)* Y vos, señor mozo de mulas, a fe que tampoco lo sois por vuestro porte.
- Don Diego: No entiendo lo que decís, señor, en eso de ser o no ser mozo de mulas.
- Huésped: Yo sí entiendo. *(Al Posadero)* ¿Qué gente de servicio tenéis en esta vuestra posada? *(Por Constancia)* “Esta no es joya para estar en el bajo engaste de un mesón.” *(El entrecomillado y los que siguen pertenecen a la obra de Cervantes)*
- Constancia: *(Ruborizada)* Señor...
- Huésped: “Digo, doncella, que no solamente os pueden llamar ilustre, sino ilustrísima.”
- Don Diego: “Pero este título no había de caer sobre el nombre de fregona, sino sobre el de una duquesa.”
- Huésped: “No es fregona”, hermano mozo, que hasta ahora la tengo por ver fregar el primer plato. Así es ella fregona como vos sois criado.
- Hace mutis por la primera derecha. Todos le observan con curiosidad.*
- Don Diego: *(Al Posadero)* Decid vos ahora: ¿quién es el dueño de una imaginación tan desaforada?
- Posadero: Un hombre que en sus mocedades fue soldado y que ahora es poeta. Dicen que en Lepanto perdió el uso de su brazo izquierdo;

pero mayor es su fama por haber compuesto muchos libros que andan de mano en mano. Aquí se dispone a escribir otro, y afirma que habrá de darle a mi casa mucha fama.

- Don Diego: En verdad pude figurármelo, que, según él teje sus fantasías, bien se advierte su trato con las musas. Maese huésped, nada os digo. Cuidad de esa dama, que no ha de pesaros. Yo he de tardarme poco. *(Mutis don Diego por el portón, que continúa abierto)*
- Posadera: Menos había de pesarnos si de aquí pronto la llevaran.
- Posadero: Calla tú ahora, que nada mejor podrás hacer. Cada uno a su hacienda, y no se hable más. *(A Constancia) Tú cuida de estar atenta, por si algo necesita esa mujer. (Mutis los Posaderos por la primera izquierda. Constancia queda sola en escena)*
- Constancia: ¡Válame Dios! ¡Y que de esta suerte se pueda perder una doncella, sin que nadie les vaya a la mano! ¡Y un semejante majagranzas ha de ser mirado y alabado! *(Por la puerta segunda derecha sale Rodrigo vestido de fraile y tapándose la cara con la capucha)*
- Rodrigo: Alabado.
- Constancia: ¿Eh?
- Rodrigo: Alabado sea Dios.
- Constancia: ¡El fraile! ¿Necesita algo, padre?
- Rodrigo: Nada, hija,
- Constancia: ¡Rodrigo!
- Rodrigo: *(Con mucho misterio)* ¡Chist!
- Constancia: Pero...
- Rodrigo: ¡Chist!... ¡Chist! ¿Estamos solos?
- Constancia: Pienso que sí.
- Rodrigo: Lo sé todo; el secuestro, los propósitos de don Diego y el nombre y condición de la encerrada.
- Constancia: ¿Y vos qué hacéis con esos hábitos sagrados?
- Rodrigo: Son de la carga que traía el borrico del fraile.
- Constancia: Con poco respeto le tratáis...
- Rodrigo: La intención es buena. Heme cubierto con estas sagradas vestiduras, para, sin inspirar sospechas, ayudar a vuestros

caritativos sentimientos de abrir la jaula a la paloma. *(Con misterio)*  
Dios sabrá pagároslo. *(Mostrándole una bolsa)* Y mi amo también.

Constancia: Guardad vuestros dineros, señor fraile de mojiganga. ¿Qué vos pensáis entonces? ¿Acaso es mi intención como mercancía en Zocodover? Sabed que si a mis sentimientos solo mirara, ya hace tiempo que fuera libre la cautiva.

Rodrigo: *(Acercándose)* ¿De veras lo de...? *(Se pisa el hábito)* ¡Cristo, que me mato!... ¿De veras lo decís? ¡Oh, fregona caritativa, princesa de la escoba, reina del fogón!

Constancia: ¡Ta, ta, ta! Aparte, hermano fraile, que se escurre...

Rodrigo: ¡No mientes la frailería, ¡pardiez!, que, aunque visto de lana, no soy borrego!

Constancia: ¡Qué pena tendrán las pastoras!

Rodrigo: Con tal de que tú lo fueras, yo, "be, be, be".

### Si tú fueras pastora

Rodrigo: Si tú fueras pastora,  
yo fuere corderito. ¡Be, beee!  
Triscara por el prado,  
travieso y rizadito. ¡Be, beee!

Constancia: Si yo fuera pastora,  
tuviera mi pastor. ¡Be, beee!  
que tierno me arrullara,  
que amante me contara,  
que ardiente me pintara  
las ansias del amor. ¡Beee ...!

Rodrigo: ¡Beee!

Constancia: Las ansias del amor.

Rodrigo: ¿Amor? ¡Terrible cosa!  
¿Tú la has nombrado?  
No lo mientes, hermosa,  
que es gran pecado.

Constancia: ¿Decís que es gran pecado?

Rodrigo: De perdición,  
si no le salva  
un acto de contrición.

Constancia: ¡Ay, qué miedo me da!  
¡Confesión, confesión!

Rodrigo: El infierno abrirá  
Para ti su mansión.

Constancica: ¡Padre mío, qué horror!  
¡Yo pequé! ¡Yo pequé!

Rodrigo: Si es pecado de amor  
perdonarte sabré.

Constancica: ¡Confesión!

Rodrigo coge una criba grande que habrá colgada en un rincón, se sienta en un banquillo y pone el tamiz entre su cara y la de Constancica, que se ha arrodillado junto a él en guisa de penitente.

Rodrigo: ¿Tú estarás arrepentida?

Constancica: Lo está toda la vida  
la que a un galán oyó.

Rodrigo: ¿Tú?

Constancica: ¡Yo!

Rodrigo: Pues ten mucho sentido,  
que alguna he conocido  
que ante un galán rendido  
su corazón abrió...

Constancica: ¿Tú?

Rodrigo: ¡Yo! ¡Y ya no le cerró!

Constancica: ¡Ay, qué miedo me da!  
¡Mi perdón!

Rodrigo: ¡Tu perdón!

Los dos: ¡O el infierno abrirá  
para mí/ti su mansión!

*Rodrigo la absuelve. Al ir ella a besarle la mano él intenta besarla en la cara, y ella le da un bofetón.*

### Hablado

Constancica: No olvidéis vuestra promesa. ¿Tan fea os parezco?

Rodrigo: No recordéis mis cuitas, y satisfaced vuestros caritativos  
sentimientos. Traedme acá a la hermosa Raquel. He de hablarla, en  
nombre de mi amo.

- Constancia: Bien quisiera. ¿No teméis por vuestra parte las iras de quienes aquí la trajeron?
- Rodrigo: Ya he dicho muchas veces que yo no temo nada ni a nadie. Soy bravo como el león; como la serpiente, astuto; sanguinario, como el leopardo; valiente, como el... (*Don Diego, que ha vuelto por el portón, le pone una mano en un hombro, y Rodrigo da un respingo*) ¡Canario! (*Huye, pisándose el hábito, por la escalerilla*)
- Don Diego: ¿Qué hacía su reverencia?  
¿No se retira?
- Constancia: (*Aparte*) ¡Don Diego!
- Don Diego: ¿O es que el corazón del fraile también se inflamó en secreto por vuestras gracias, cual todos, y está en sus encantos preso?
- Constancia: Donosa es, señor, la burla.  
  
*Continúa hablando bajo. Momentos antes ha salido el Huésped.*
- Huésped: (*Para sí*) Esta es Constanza. Don Diego, que ya su nombre conozco, enamorarla en secreto pretende, y mozo de muías se finge para este objeto. Falta saber quién es ella, que la moza, a lo que entiendo, tampoco es lo que parece.
- Don Diego: Cumplid mi encargo. Aquí espero.  
  
*Constancia hace mutis por la escalerilla.*
- Huésped: Hermano mozo.
- Don Diego: ¿Señor?
- Huésped: Vuestra inclinación comprendo.
- Don Diego: (*Muy asombrado*) ¿Por Constanza?
- Huésped: Está a la vista.
- Don Diego: ¡Ah! ¿Pensáis que...?
- Huésped: Así lo pienso.  
Y en verdad que lo merece la fregona. Yo confieso que de cuantas vi, y vi muchas, ninguna le iguala en mérito.

Don Diego: Señor, por mi nombre os juro  
que jamás mi pensamiento  
se fijó en esta doncella.

Huésped: Eso, mozo, así lo creo,  
como que vos sois villano  
y ella fregona en Toledo.

*Mutis el Huésped por la primera derecha.*

Don Diego: Pues con ella, señor manco,  
erráis, pese a vuestro ingenio,  
porque fregona es la moza  
como yo soy caballero.  
Mas, de obstinaros en que ella  
es la mujer que yo quiero,  
como conviene a mi empresa,  
os dejaré en vuestro yerro.

*Raquel, acompañada de Constancia, baja por la escalerilla. Constancia vuelve a hacer mutis en seguida. Don Diego se acerca a Raquel, y ella le rechaza.*

Don Diego: Sois esquivia.

Raquel: Soy honesta y os aborrezco.

Don Diego: Os adoro y tengo medios para vencer vuestra resistencia.

Raquel: Triste será el triunfo. Mi corazón jamás podrá perteneceros. Sois un villano.

Don Diego: Os amo.

Raquel: Yo tendré quien me defienda.

Don Diego: Pues he de haceros mía, de grado o por fuerza. No quiero afligiros más, pero esta noche saldremos los dos de Toledo. ¡Maese huésped!

Posadero: ¿Señor?

Don Diego: Cerrad la puerta cuando salga.

*Mutis don Diego por el portón del foro. El Posadero lo cierra y hace mutis por la primera izquierda. Queda Raquel sola en escena.*

### La pena me hace llorar

Raquel: La pena me hace llorar,  
consuelo me da el amor,  
que sabe amor en el alma  
mitigar el dolor.



Hoy, que sueño enamorada,  
mi sueño es un ciego afán.  
¡Quién pudiera convertirlo  
en feliz realidad!  
Si saber Juan Luis pudiera  
el sitio de mi prisión,  
por mi libertad vendría,  
para luchar por nuestro amor.  
Que sabe amor en el alma  
mitigar el dolor.  
En mi corazón vacío  
hice un altar para él.  
¡Defenderlo y defenderse  
sabría Raquel!

### Hablado

*Por la escalera baja Constancia.*

Constancia: *(Bajando por la escalera)* No lloréis, hermosa doncella, que me partís el alma.

Raquel: Salvadme vos, si sois tan caritativa cual lo parecéis.

Constancia: Os lo prometo. Antes os hice bajar, contra vuestro gusto y el mío, por cumplir una orden. Pronto os llamaré otra vez, y os juro que será más de vuestro grado. ¿No sabéis? Alguien que os interesa mucho logró averiguar vuestro encierro, y espera un aviso mío cerca de aquí.

Raquel: *(Ilusionada)* ¿Decís verdad?

Constancia: Pronto lo veréis. *(Se oye tumulto fuera)*

Raquel: ¿Qué ruido es ése?

Constancia: Serán los mozos de mulas y los músicos que don Diego previno, para mayor disimulo de sus propósitos. Subid ahora a vuestro aposento y estad tranquila.

*Constancia acompaña a Raquel hasta los primeros peldaños de la escalera. Raquel hace mutis. Por la primera izquierda salen los Posaderos. El Posadero abre el portón del foro, por donde entran, con gran algazara, don Diego y los embozados, mozos de mulas, mozas, etc.*

Posadero: Por aquí. Entrad, entrad, que la de hoy es noche de holgorio en el mesón del Sevillano.

Todos: ¡Vamos!

¡Entren, pues, todos los mozos!

Coro: “Entren, pues, todas las ninfas

y los ninfos que han de entrar,  
que el baile de la Chacona  
es más ancho que la mar.”  
(bis)

Don Diego: (Hablando) Dadme acá la guitarra, ventero,  
y a las mozas hagamos bailar.  
Atended a mi son, porque quiero  
al bailar que miréis lo primero  
a los pasos que os voy a marcar.

Coro: “El brío y la ligereza  
en los viejos se remoza,  
y en los mancebos se ensalza  
y sobremodo se entona.

Todos: ¡Que el baile de la Chacona  
encierra la vida bona!”

Constancia: “Esta a quien es tributaria  
la turba de las fregonas,  
la caterva de los pajes  
y de lacayos las tropas,  
dice, jura y no revienta  
que, a pesar de la persona  
del soberbio zambapalo,  
ella es la flor de la olla.

Todos: Y que solo la Chacona  
encierra la vida bona.”  
“El brío y la ligereza, etc.

### Hablado

Rodrigo: (Saliendo por la escalerilla, interrumpe la música) “¡Calla, borracho; calla,  
cuero; calla, odrina, poeta de viejo, músico falso!” ¡Cállate! ¡Brrr! (En  
la novela, esto lo dice uno de los embozados)

*Vuelve a hacer mutis. Todos se quedan de una pieza.*

Don Diego: ¿Quién habló?

Posadero: El fraile parece.

Embozado 2º: A fe que tiene brío.

Embozado 1º: ¡Que vaya al diablo!

Ginesa: Id vos primero, señor sobón.

Embozado 1º: ¡Calle la princesa de la escoba!

Mozo: ¡Aquí no hay princesas, pero tampoco habrá bigardos!

Embozado 1º: ¿Eso a mí? ¡Tomad!

*Le da un puñetazo. El mozo le contesta con furia, y comienza una verdadera batalla entre los mozos y los embozados. Don Diego no se queda corto en ayudar a los embozados. Las mujeres huyen por todas partes. Constancia y la Posadera hacen mutis por la escalerilla.*

Mozas: (Al huir) ¡Ay, ay, ay!

Posadero: ¡Haya paz, o lo echo todo a doce!

Mozo 1º: ¡Cobardes!

Embozado 1º: ¡Toma tú, señor valiente!

Embozado 2º: ¡No ha de quedar uno!

Mozo 2º: ¡Favor, justicia!

Don Diego: ¡Teneos firmes, que ya son nuestros!

Mozo 1º: (A otro mozo) ¡Corre, Torote, que llevamos la peor parte!

*Huyen los mozos por el portón de entrada, foro izquierda. Quedan en escena don Diego, el Posadero y los cuatro embozados.*

Don Diego: Dejadles ya. No tienen alma para mirar tranquilos el brillo de vuestros aceros.

Embozado 1º: ¿Y qué hemos de hacer ahora, señor?

Don Diego: Esperadme fuera. Yo también saldré; pero en la calle no acercaros a mí. Cuidad, sobre todo, que no salga ninguna mujer de la posada, no sea si no que se nos escape el pájaro.

Embozado 2º: El coche aguarda en Zocodover.

Don Diego: ¿Y los caballos?

Embozado 1º: Prevenidos están, así mismo.

Don Diego: A poco de dar las doce, estad atentos a mi señal y entraréis conmigo.

Embozado 1º: A vuestras órdenes.

*Mutis de los embozados por el foro izquierda —el portón—, que continúa abierto desde que entraron los mozos, don Diego y los embozados, antes de la Chacona.*

Don Diego: Escuchad vos ahora. Si esta noche logro mi propósito de sacar a esa moza de vuestra casa sin que de ello se entere ni el aire, sabré recompensaros con tantos doblones como pelos tenéis en vuestra

cabeza. *(El Posadero, desolado, se lleva la mano a la cabeza; es totalmente calvo)* O como pudierais tener.

Posadero: ¡Ah, eso, bien!

Don Diego: ¿No tendréis miedo?

Posadero: Horroroso, señor. Si la Justicia llega...

Don Diego: Yo sabré librarme de ella.

*Don Diego hace mutis por el portón. El Posadero lo cierra y hace mutis por la segunda derecha. Por la tercera derecha, o sea la escalerilla, sale cautelosamente Constancia, cruza la escena de puntillas y se acerca para atisbar a la puerta primera izquierda. Después vuelve sobre sus pasos, y, cuando está cruzando la escena, nuevamente sale el Huésped por la primera derecha, y le corta el paso.*

Huésped: Si vos place, aguardad, noble señora...  
*(Constancia, asombrada al oírse tratar así, reprime una carcajada)*  
Y si tan grande habéis la gentileza  
como mi atrevimiento lo es ahora,  
que le escuchéis rendido aquí os implora  
este criado de vuestra grandeza.

Constancia: *(Riendo)* Váyase enhorabuena, señor mío,  
que en hidalgo cual vos, tan bien mirado,  
más que razón parece desvarío  
tratarme de grandeza y señorío.  
La que sirve no ha menester criado.

Huésped: Digo que yo me tengo como tal  
y que el vestido humilde que lleváis,  
vuestra cuna, señora, tapa mal,  
pues con él, por mi fe, que no lográis  
ocultar un origen principal.  
Digo también que vuestro enamorado  
tan receloso está de su persona,  
que con ropas de mozo disfrazado  
quiere pasar aquí por un criado,  
mientras vos parecéis una fregona.  
Vuestra beldad tomó muy bajo empleo  
con este oficio que de vos conozco;  
mas lo pone tan alto mi deseo,  
que, viéndole, señora, no le veo,  
y, conociéndole, le desconozco.  
Digo que cuando empiezo en la bajeza  
de vuestro humilde estado a reparar,  
mi pensamiento acuden a borrar  
el sosiego, el donaire y la belleza  
con que Nuestro Señor quiso adornar  
vuestra persona. Y doy en entender  
que tras esa corteza, su fulgor  
clarísimo se esfuerza en esconder

algún brillante de tan gran valor,  
que se oculta a la luz por no querer  
que el sol se ofusque con su resplandor.  
No sé quién sois ni cómo aquí vinisteis;  
solo sé que de aquí pronto saldréis,  
y que, esperando cerca, ya tenéis  
al galán venturoso que escogisteis,  
que os llevará donde mejor estéis.

Constancia: Es lástima y muy grande, señor mío,  
que de verdad no fuera cosa real  
eso de ser yo dama principal  
y nunca un sueño de su desvarío.  
Os juro por mi nombre que soy tal  
como parezco. Ved que quien tenía  
la intención de ocultarse disfrazado,  
por mí no viene, que antes ha robado  
a otra mujer en cierta espadería,  
para guardarla aquí, mal de su grado.  
Si, para asegurar esto que digo,  
lo que es más cierto conocer queréis,  
desde aquel escondrijo, bien podéis  
de cuanto aquí suceda ser testigo  
sin que nadie sospeche.

Huésped: Pretendéis  
engañarme, mas quiero obedecer.

Constancia: Pues vuestras impaciencias demorad,  
aquí escondeos, desde aquí mirad,  
y antes de un hora no podréis tener  
ninguna duda. La única verdad  
es que, siendo villana, en noble empresa,  
como dar libertad a una cautiva,  
cuando llegasteis a emplearme iba.  
¡Esa acción sí que es digna de princesa!

Huésped: ¡Y, como una princesa, sois altiva!

*El Huésped hace mutis por la primera izquierda. Constancia se acerca a la  
escalerilla del foro derecha, y llama.*

Constancia: Rodrigo..., Rodrigo...

Rodrigo: *(Dentro)* ¿Duermen ya todos?

Constancia: Baja aquí. *(Rodrigo baja a la escena)* La fechoría tienen preparada para  
esta noche; pero hasta las doce no será. Mi señor tío y amo espera  
la hora en su aposento, creyéndonos a todos recogidos.

Rodrigo: ¡Ah, miserables, cuando yo los coja!

Constancia: ¡Más bajo!

Rodrigo: *(Muy bajo, pero accionando mucho)* ¡Miserables!

Constancia: ¿Y tu señor?

Rodrigo: En la calleja espera.

Constancia: Hazle entrar por la ventanuca, que por el portón podría ser visto de esos malandrines.

Rodrigo: Trayendo mi amo su tizona al cinto, ninguno de ellos puede llegarle a la suela del zapato.

Constancia: ¡Chist! ¡Te he dicho que más bajo!

Rodrigo: ¿Más bajo que la suela?

Constancia: No chancees y haz lo que te digo.

Rodrigo: Corro a ello. *(Inicia el mutis por la primera izquierda. En la misma puerta da un alarido de terror)* ¡¡Ah!!

Constancia: ¡Chist! ¿Qué es?

Rodrigo: ¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Allí hay un hombre escondido!

Constancia: No es enemigo, calla. Deja de alborotar y haz lo que te digo.

*Rodrigo hace mutis. Constancia sube por la escalerilla y entra en el cuarto de Raquel. Queda la escena sola.*

### Mujer de los negros ojos

Juan Luis: Mujer de los negros ojos,  
la de la trenza morena.  
Mujer de los labios rojos  
como la flor del amor.  
Mujer de perfil gitano,  
que tiene sangre agarena...  
¡Mujer de cuerpo pagano,  
eres llama, verso y flor!  
Raquel, tras de estos muros prisionera,  
mi amor de tu prisión viene a librarte.  
¡Mujer, el que te dio su vida entera,  
morir sabrá por ti para librarte!

### Hablado

Raquel: Marchaos, señor, marchaos. Esta es una cueva de malhechores.  
Capaces serían de quitaros la vida.

Juan Luis: ¿En qué mejor empresa podría perderla?

Raquel: Guardadla para mí.

Juan Luis: Ya es tuya para siempre. Mira con qué afán he de mirar por ella.

*Asoma Rodrigo por la primera izquierda.*

Rodrigo: Señor, las do-do...

Juan Luis: ¿Qué hablas ahí?

Rodrigo: Las do-do..., que las do-do..., que van a dar las doce. *(Se pisa el hábito al huir) ¡Par-pardiez con el hábito! (Se lo recoge por delante) Como ellos suelen tener el vientre tan orondo, me sobra una legua por delante. (Mutis)*

Juan Luis: Vuelve a tu estancia y está tranquila. No temas, que, pase lo que pase, llegaré a tiempo.

Raquel: En vos confío.

*Raquel sube por la escalerilla, y Juan Luis hace mutis precipitadamente por la primera izquierda. Constancia coge el velón que estará sobre la mesa de la izquierda, y otro que habrá sobre el arcón del foro, y hace mutis por la escalerilla. Queda la escena muy oscura, alumbrada únicamente por el velón que continúa sobre la mesa de primer término derecha y la luz de la luna.*

*No hay nadie en escena. La orquesta ataca una suave melodía descriptiva: los ruidos de la noche en Toledo. Por la primera izquierda sale lentamente el Huésped.*

Huésped: *(Recitando sobre música)*  
Pintura sobre pintura,  
traiciones y encrucijadas;  
raptos, celos, cuchilladas,  
misterio, amor, aventura.  
Las pasiones desatadas  
en la noche suave y pura.

*Desde la calle llega, confusa y triste como un lamento, la voz de un pregonero.*

Pregonero: Alma que en pecado estás  
si en esta noche murieras  
mira bien adonde fueras  
alma que en pecado estás.

Huésped: Mezcla admirable y extraña...  
Místicos, y aventureros,  
y poetas, y guerreros.  
¡Es Castilla... y es España!

*Hace mutis por la primera derecha, y vuelve a salir en seguida con tintero, pergaminos y plumas de ave. Pausa. La orquesta glosa el motivo de la obra, que se extingue, poco a poco, a lo lejos. Suenan lentas y sonoras las campanadas de las doce en la Catedral.*

Al sonar de su campana,  
sabe hablar al corazón,  
con voces de tradición,  
la Catedral toledana.

*Pausa. Se sienta ante la mesa de la derecha en actitud de escribir.*

Toledo, solar hispano,  
crisol de la raza ibera,  
¡dichoso aquel que naciera  
español y toledano!  
¡Oh, Toledo, si yo puedo,  
para tu honor y mi gloria,  
he de escribir una historia  
en un mesón de Toledo!

*Queda pensativo; el codo en la mesa, y la mano en la frente. Mientras concluye el número de música permanece inmóvil en esta postura.*

*Llaman al portón. Al oírlo, el Huésped se levanta y hace mutis precipitadamente por la primera derecha, dejando sobre la mesa el tintero, la pluma y los pergaminos. Por la segunda derecha sale el Posadero con un velón, que deja encima de la mesa de la izquierda. Vuelve a aumentar la luz de la escena. El Posadero abre el portón, por donde entran, sigilosamente, don Diego y los cuatro embozados. Don Diego viene ya con su traje de caballero.*

Don Diego: ¿Reposa todo el mundo en la posada?

Posadero: Así lo creo, señor.

Don Diego: Cerrad pronto y dejadnos el campo libre.

Posadero: Pero...

Don Diego: Obedece. *(Mutis el Posadero por la segunda derecha)* Tomás y Miguel, vigilad aquí. Vosotros subid conmigo. *(Cuando se dispone a subir, sale Rodrigo por la primera izquierda)*

Rodrigo: *(Aparte)* Aquí de mi encargo. ¡Dios me valga! *(Se persigna y se dirige a don Diego resueltamente)* Santas y buenas.

Don Diego: ¡Maldito fraile!

Embozado 1º: ¿Queréis que lo eche a cintarazos, señor?

Don Diego: Esperad.

Rodrigo: *(Aparte)* ¿Qué estarán tramando, San Pedro?

Don Diego: Tarde se recoge su paternidad.

Embozado 1º: Tarde.

Embozado 2º: Tarde.



Rodrigo: ¿Tar-tar-tarde? ¿Es tarde? No es tarde. Regular de tarde.

Don Diego: ¡Tarde!

Embozado 1º: ¡¡Tarde!!

Embozado 2º: ¡¡¡Tarde!!!

Rodrigo: Tarde, tarde, tarde. *(Pausa. Rodrigo está cada vez más confuso. Don Diego se le queda mirando fijamente)* ¡Je, je! *(Aparte)* ¿Dónde me dará la primera? *(Se pisa el hábito)*

Don Diego: Os pisáis el hábito.

Rodrigo: Es que no lo tengo.

Don Diego: ¿No tenéis qué?

Rodrigo: Que no tengo hábito, costumbre, vamos, de andar a estas horas...

Don Diego: Es natural. ¿A qué hora se recogen sus paternidades en el convento?

Rodrigo: A las... A las... No tenemos hora fija... Los hay que no se recogen. *(Se levanta el hábito para no pisárselo)* Yo sí me recojo. *(Aparte)* ¿A qué hora me recogerán a mí?

Embozado 1º: ¿Y os vais a pasar en pie la noche?

Rodrigo: Según me dé. *(Aparte)* Sí; porque como me dé con todas sus fuerzas, me tiende para "in eternum".

Don Diego: Este fraile no parece el que llegó antes. *(Se dirige a él)*

Rodrigo: *(Aparte, aterrado)* Llegó mi hora, llegó mi hora. "Padre nuestro..."

Don Diego: Decid, padre mío...

Rodrigo: *(Maquinalmente)* Nuestro, nuestro...

Don Diego: ¿Eh?

Rodrigo: Nuestro, que estás en los cielos...

Don Diego: ¿Qué decís?

Rodrigo: Rezo.

Don Diego: ¿Ahora?

Rodrigo: Cualquiera es buena para dirigirse al Señor.

Don Diego: Este fraile es de figurón.

Embozado 1º: Bien hacéis en rezar, que los demonios rondan por los mesones en las noches toledanas.

Rodrigo: *(Con expresión indefinible)* ¿To-toledanas?

Embozado 1º: Sí.

Rodrigo: Sí. *(Aparte)* ¡Qué noche!

Don Diego: ¿Qué decís entre dientes?

Rodrigo: Yo por la noche no digo nada.

Don Diego: ¿Y por la mañana, qué decís?

Rodrigo: Misa. Por la mañana digo misa. ¿Y vos?

Don Diego: Yo digo que así decís vos misa como yo canto maitines, y que ni sois fraile ni cosa que lo valga, sino un bigardo malsín a quien no sé si dar una vuelta de cintarazos o dejarle por lástima.

Rodrigo: Dejadme, ¿Para qué os vais a molestar?

Don Diego: ¿Quién eres?

Rodrigo: ¡Señor, yo...!

Don Diego: *(Zarandeándole)* ¿Quién eres, miserable?

Rodrigo: ¡Quien a vos plazca, soltad! *(Aparte)* Ya ni sé quién soy.  
*Suenan recios golpes en el portón de entrada.*

Voz: *(Dentro)* ¡Abrid a la Justicia!

Don Diego: ¡Maldición!

Embozado 1º: La Justicia.

Embozado 2º: ¡Perdidos estamos!

Don Diego: Por eso demoraba nuestro intento. Tal era su misión.

Rodrigo: ¡Juro que no! ¡Juro que no!

Don Diego: No hay escape. Caeremos en sus manos, pero tú no has de verlo.  
*(Todos le rodean, golpeándole)*

Embozado 1º: No le valdrán los hábitos. *(Llaman nuevamente al portón)*

Embozado 2º: ¡Bellaco!

Embozado 1º: ¡Traidor!

Don Diego: ¡Has de pagar tu engaño!

Rodrigo: ¡Perdón, perdón, perdón! Si me soltáis, yo sabré salvaros.

Embozado 2º: ¿Cómo?

*Le sueltan, y él hace mutis por la segunda derecha, volviendo a salir inmediatamente con los serones del borrico que trajo el fraile auténtico.*

Don Diego: No le hagáis caso, que será otra añagaza.

Rodrigo: ¡Juro que os salvo! *(Señalando a los serones)* ¡Pronto! ¡Poneos esos hábitos!

Embozado 1º: ¿Eh?

Don Diego: ¡Excelente idea! Pronto.

*Los embozados y don Diego se visten los hábitos precipitadamente. Fuera continúan llamando cada vez más fuerte.*

Voz: ¡Abrid a la Justicia!

Posadero: Señor, somos perdidos.

Don Diego: Aguarda, antes de abrir. Cuando entren, solo han de encontrarse con una comunidad de pacíficos disciplinantes.

Rodrigo: *(Aparte)* ¿Disciplinantes? ¡Je, je! Ya veréis lo que os dura la alegría.

*El Posadero abre el portón. Entran cinco corchetes.*

Corchete: ¡Ténganse todos! ¿Qué es esto? ¿Frailes?

Posadero: Ya lo ve vuestra merced.

Rodrigo: Arrodillaos, hermanos, y oremos. *(Todos le obedecen)* Ha llegado la hora de mortificar nuestros cuerpos pecadores. *(Coge un vergajo que habrá colgado de la pared y le atiza a don Diego un latigazo formidable en la espalda)* Disciplinémonos. ¡Zas!

Don Diego: ¡¡Ah!! Pero ¿qué hacéis?

Rodrigo: Es para que no sospechen. *(Al embozado primero)* Ulcerémonos. ¡Zas!

Embozado 1º: ¡¡Ay!!

Rodrigo: *(A don Diego, nuevamente)* Lacerémonos. ¡Zas!

Don Diego: ¡¡Vive Dios!!

Rodrigo: *(Al embozado segundo)* Mortifiquémonos. ¡Zas!

Embozado 1º: ¡¡Ah!!

*El Huésped sale por la primera derecha, y Constancia por la escalera.*

Corchete: ¿Entonces son solo frailes?

Rodrigo: Ahora les estoy haciendo cardenales. Desollémonos. ¡Zas!

Embozado 3º: ¡Maldición! *(Por el foro izquierda llega Juan Luis)*

Juan Luis: ¿Qué es esto?

Rodrigo: La degollación de los Inocentes. Aquí los tenéis, señor. *(A los corchetes)* Estos son los malvados que buscabais. ¡Pardiez, cómo abriga la estameña! *(Se quita el hábito)*

Don Diego: ¡Ah, traidor!

*El Posadero, por lo que pudiera ocurrir, hace mutis por la primera izquierda.*

Juan Luis: *(A los corchetes)* He aquí al conde don Diego de Peñalba. Cumplid las órdenes que traéis.

Corchete: Daos preso.

Don Diego: Esta es una felonía que ha de aclararse.

Corchete: Mientras se aclara, hacedme la merced de acompañarnos.

Rodrigo: Pero dejen los hábitos, que era un préstamo solo.

Constancia: *(Al Huésped)* ¿Qué decís ahora, señor? ¿Venía por mí el fingido mozo de muías, y era yo la gran señora que pensabais?

Corchete: Marchemos ya.

*Los corchetes se llevan a los embozados y a don Diego.*

Rodrigo: Llevadlos, llevadlos. ¿Pensaron que era orégano todo el monte? *Inicia el mutis.*

Juan Luis: ¿Adonde vas, Rodrigo?

Rodrigo: A despertar al fraile verdadero. A cambio de lo que pasé esta noche, voy a pedirle que me cambie la penitencia. Renuncio para siempre a las Feas *(Contemplando amorosamente a Constancia)* ¡Ay, San Pedro! *Mutis por la escalera.*

Juan Luis: Ya eres libre, Raquel de mi alma. Tu padre nos espera impaciente.

Raquel: ¿Y después?  
Juan Luis: Después, mía para siempre.  
Raquel: ¡Mi Juan Luis!  
Juan Luis: Vamos pronto.

*Raquel, en silencio, y con gran emoción, abraza fuertemente a Constancia, y después hace mutis con Juan Luis por el foro izquierda. El Huésped, entretanto, se ha sentado ante una de las mesas y se dispone a escribir. Constancia, después del mutis de Raquel y Juan Luis, coge el velón e inicia el mutis, pero antes de subir a su aposento se detiene junto al escritor con el velón en alto. Cuadro. Pausa breve.*

Constancia: ¿Pues ahora, señor, qué hacéis?  
Huésped: Ningún momento mejor para empezar mi labor.  
Constancia: ¿Y qué es lo que escribiréis?  
Huésped: Vas a saberlo, curiosa.  
Escribo, Constanza hermana,  
la historia de una villana  
tan honesta y tan hermosa,  
que, aunque nació en baja esfera,  
por gran dama la tomé.  
Yo haré creer que lo fue  
a la gente venidera.  
Constancia: *(Con ilusión)* ¿La historia de mi persona?  
Huésped: Y el título tengo ya.  
Constancia: ¿Pues cómo se llamará,  
señor?  
Huésped: “La ilustre fregona”.

### Castellana toledana

Juan Luis: Castellana, toledana,  
por besar tus labios grana  
perdiera vida y honor.  
Raquel: Perdiera vida y honor.  
Toledana, castellana...  
Juan Luis: Flor de amor...  
Raquel: Toledana, flor de amor.

Ver resumen de [La ilustre fregona](#)